
La ciudadanía desde la perspectiva de la democracia radical: La salida propuesta por Chantal Mouffe

Carlos Andrés Tovar Tobar
catobar@javerianacali.edu.co

Recibido: 10/08/2010 Aprobado evaluador interno: 23/08/2010 Aprobado evaluador externo: 12/10/2010

Resumen

Este artículo plantea qué la política, entendida como conflicto moral, puede ser una vía para la superación de las desigualdades sociales y configurar un criterio de justicia relacionado con las demandas contemporáneas de reconocimiento político. Para explicar esta idea, se presenta un acercamiento a la perspectiva filosófica de Chantal Mouffe y a la democracia radical. Posteriormente, se desarrolla el concepto de ciudadanía en la autora; y, finalmente, se presenta la idea de cómo la acción política, sedimentada en la democracia radical, logra recomponer el orden social en términos de la identificación de los ciudadanos con el Estado.

Palabras Clave

Democracia radical, liberalismo, republicanismo, individualismo, libertades individuales

Abstract

This article argues that politics, understood as moral conflict, can be a way of overcoming social inequality and forming a criterion of justice in keeping with the contemporary demands of political recognition. To explain this idea, an approximation is presented here of Chantal Mouffe's philosophical perspective and radical democracy. Subsequently, a concept of citizenship for the author is developed, and finally the idea is presented of how political action, established in radical democracy, manages to rebuild the social order in terms of the identification of the citizens with the State.

Keywords

Radical democracy, liberalism, republicanism, individualism, individual liberties.

* Carlos Andrés Tovar Tobar es Magister en Filosofía de la Universidad del Valle y actualmente es profesor de la Pontificia Universidad Javeriana Cali.

Introducción

El éxito del liberalismo sobre sus adversarios consiste en que su incompletud lo hace más flexible que otras doctrinas que, al abordar los problemas a los que el liberalismo rehúye, terminan por colapsar. Es así como los republicanismos y comunismos pasan sin dejar mella en el liberalismo, que se mantiene intacto, aunque sus críticos tengan la razón y los problemas que debería resolver se dan por resueltos de forma muy instrumental. Podríamos decir que el individualismo, como concepción antropológica que fundamenta la mentalidad de hombres aislados entre sí, asume la incompletud del liberalismo por la vía de la superación de las doctrinas comprensivas de lo bueno, la separación del Estado y la iglesia, y la emancipación del individuo del poder del Estado. Aquello que el liberalismo dejó de lado, a través del individualismo, fueron las posiciones morales propias de un discurso filosófico-político que no dejaba de lado el problema del bien como cuestión importante de toda agrupación humana.

El liberalismo asume que, al diferenciar lo bueno de lo justo, logra promover una estabilidad al interior de la sociedad. Lo cierto es que esta condición genera un escenario injusto para múltiples grupos que no logran liberalizar sus identidades porque no son capaces de ser una cosa en lo privado y otra, distinta, en lo público; me refiero al caso de los grupos religiosos, las minorías étnicas, los grupos *no heterosexuales*¹ y todos aquellos grupos que no logran un reconocimiento efectivo por parte del Estado liberal, porque sus identidades no son del todo liberalizables; en otras palabras, el musulmán no puede dejar su discurso religioso para comprender los asuntos públicos que, para él son controversiales, así como para los no heterosexuales no es posible exigir sus derechos (o buscar nuevos como el caso de la legalización de la adopción para padres no heterosexuales) sin salirse de su rasgo identitario característico.

Sin embargo, en muchas ocasiones ser coherente con las posiciones morales inmersas en un rasgo identitario es, sin lugar a du-

1. El adjetivo 'no heterosexuales' lo uso para designar aquellas diferencias de índole sexual que no son del todo contenidas en la categoría de homosexualidad. Esta forma de designar la diferencia sexual la hago basándome en la interpretación que el psicólogo Andrés Felipe Castelar hace del texto *Cuerpos que importan* de Judith Butler. Hago constar, que en esa interpretación, la homosexualidad configura un rasgo identitario. Es importante tener esto en cuenta porque los no heterosexuales, en tanto que son individuos, pueden alcanzar sus metas dentro del liberalismo; no obstante, la reflexión que promueven los grupos no heterosexuales, al igual que los otros grupos que luchan por el reconocimiento político, hace constancia en el hecho de que el reconocimiento liberal es insuficiente y no logra transformar las condiciones de desigualdad que se han hecho fuertes con el pasar de la historia de subordinación.

das, un callejón sin salida en lo que respecta al plano político; un diálogo de sordos que conlleva al desmonte del Estado, en tanto que sus miembros no se ven representados por los sustentos constitucionales de la agrupación política. El liberalismo constituye una respuesta al problema de la diferencia; es en sí mismo, como lo hacen ver Jürgen Habermas y John Rawls, una ganancia de la historia que posibilita, por la vía del individualismo, hombres sensibles contra cualquier forma de arbitrariedad o de imposición deliberada sobre la vida individual.

Sobre el entendimiento de la vía que propone Mouffe para superar los antagonismos que dan origen al liberalismo, es preciso hacer referencia al problema de la injusticia como un punto de partida común a los ciudadanos del Estado liberal. En el caso de la democracia radical, el problema de la injusticia, derivada de la historia de hegemonía y subordinación, emerge como un problema a superar a través de la confrontación directa entre aquellas doctrinas comprensivas de lo bueno, que en el liberalismo nunca entraron en debate. Mouffe es crítica sobre la manera en que el liberalismo en aras de administrar justicia, termina produciendo una cadena de injusticias que termina por amenazar las libertades individuales y, con ello, la

diferencia entre grupos; es decir, si bien el Estado liberal se esfuerza por proteger las libertades individuales, éstas se ponen en riesgo porque, al velar porque exista un espacio libre de interferencia para la realización de un proyecto de vida individual, sea éste el que sea, no se generan las condiciones en donde la gente sea, realmente, capaz de asumir su libertad. Para Mouffe, el problema del efectivo ejercicio de la libertad está relacionado con el problema de la desigualdad social y el irrespeto a la diferencia; me atrevería a decir que la propuesta de la filósofa es sensible tanto a las condiciones sociales, como también a las posibilidades psicológicas que tienen las personas para actuar a partir de un criterio moral; en este punto, la acción política aparece ligada al problema de la constitución del sujeto moral; una dimensión psicológica que tiene fuerte incidencia en el modo en que los ciudadanos representan el Estado.

Mouffe llama la atención sobre los impedimentos psicológicos para el ejercicio activo de la libertad individual, al tiempo en que relaciona dichos impedimentos con la marca de inferioridad con la que individuos, adscritos a grupos históricamente subordinados, construyen su identidad. En este sentido, la reflexión que propone Axel Honneth

en *La lucha por el reconocimiento*,² sobre la génesis de los conflictos sociales nos puede ser útil. Dice Honneth que los conflictos sociales se pueden producir por sentimientos de dignidad vulnerados que, al ser asumidos como injustos, producen una lucha que se justifica en una comprensión subjetiva de la justicia como instigadora de la insurrección contra el sistema de valores establecidos en la sociedad. En tanto que el sentimiento de indignación aluda a un discurso moral para reivindicar una comprensión de la política, nos es posible aseverar que muchas movilizaciones sociales, ligadas al tema del reconocimiento, vinculan el problema de la configuración psicológica del sujeto moral con la acción política.

En tanto que la comprensión liberal se limite a una expresión jurídico-instrumental de la ley, el Estado carecerá de una comprensión sobre los factores psicosociales que hacen que las libertades individuales sean una cuestión de capacidad y no meramente de oportunidad; en este sentido, el reconocimiento político que nos plantea Mouffe, a través de la democracia radical, intenta construir, desde los discursos específicos de las identidades, un contexto de deliberación pública en donde el ideal de reconocimiento sea una re-

alidad posible. Es decir, el reconocimiento como una dimensión importante de las luchas políticas, al no ser entendido por el modelo explicativo con el que el Estado liberal administra la justicia, necesita de la reconfiguración de una esfera pública participativa en lo que refiere a la movilización ciudadana y, a partir de eso, hacer viable la aparición de una nueva ciudadanía.

Considero que esta vía intenta complementar el liberalismo a partir de la comprensión de la democracia en aras de la superación de la distinción entre lo justo y lo bueno. Mouffe propone una salida que no es completamente antiliberal y que intenta salirle al paso a los dilemas que plantea John Rawls y las críticas que hacen los comunitaristas al liberalismo (especialmente Charles Taylor y Michael Sandel). Básicamente, lo que encontraremos será una propuesta filosófica que es consecuente con los intentos liberales en lo que respecta a la protección de las libertades individuales y, que si bien reconoce la importancia que tiene los contextos valorativos en la identidad, aboga por la comprensión de un 'nosotros' enmarcado en la vivencia de un Estado democrático que genera formas de reconocimiento político al tiempo en que las luchas por dicho reconocimiento

2. Honneth, Axel. (1997), *La lucha por el reconocimiento*, Barcelona, Ed Novagràfik, p. 197.

transforman las identidades al pasar de la subordinación a la hegemonía.

Con esto Mouffe toma distancia de los esencialismos y también de los universalismos liberales, puesto que la superación de lo justo y lo bueno suponen el reconocimiento de las dinámicas de la historia y con ello una reactivación de una esfera pública más participativa y, por consiguiente, democrática. Para Mouffe los universalismos traen consigo formas de hegemonía que dificultan la vivencia real de la política; es decir, el problema del universalismo es que ha sido un gran inconveniente en lo que respecta a las luchas por el reconocimiento político. Dice la autora que para los movimientos feministas el universalismo liberal ha significado la incompreensión de muchas de las causas que motivan la lucha, precisamente porque el universalismo termina por anular la diferencia al asumir una supuesta homogeneidad en la forma como cada ciudadano vive lo público y lo privado.

Con relación a esto último, habrá que tener en cuenta que la democracia radical, al ser un movimiento político sensible a la desigualdad social y el irrespeto a la diferencia, promueve nuevas hegemonías que desestabilizan las identidades sedimentadas en la desigualdad; es decir, que, la democracia radical, al interpretar la

política como conflicto, asume que la superación de la subordinación, y con ello la desigualdad, sólo es posible a través del reconocimiento de las identidades a partir de un criterio de justicia común que se logra en el momento en que, conjuntamente, las diversas identidades entran a negociar políticamente sus diferencias.

Este artículo trata sobre Chantal Mouffe y la democracia radical. Me limitaré a la argumentación de por qué la política, entendida como conflicto moral, puede configurar mecanismos de superación de las desigualdades y, de esa forma, generar espacios de reconocimiento amparados en la justicia. Para explicar mi punto, lo primero que haré será contextualizar la democracia radical desde la comprensión que propone Chantal Mouffe sobre el conflicto social; posteriormente, abordaré el asunto de la ciudadanía en un contexto de democracia radical y de esa forma señalaré los modos en que la democracia radical puede transformar estructuras de subordinación a partir de la deliberación pública y la comprensión de la política como un conflicto entre identidades. Finalmente, presentaré la idea de cómo la acción política, sedimentada en la democracia radical, logra recomponer el orden social en términos de la identificación de los ciudadanos con el Estado.

1. Chantal Mouffe y la democracia radical.

La lucha por los derechos civiles en la década de los sesenta en Estados Unidos motivó múltiples reflexiones sobre el problema de la convivencia en contextos en donde las diferencias identitarias eran evidentes.³ La convivencia en la diferencia siempre ha sido un problema pero, aunque siempre han existido luchas motivadas por la vulneración de la dignidad, las luchas por los derechos civiles motivaron un conjunto de reflexiones que echaron mano de la filosofía para establecer parámetros de comprensión de las diversas prácticas en las que lo que se veía objetivamente como injusticia socialmente no lo era y, por tanto, no acarrea conflicto moral para víctimas y victimarios.⁴ En este sentido, fueron muchos los movimientos que, desde una reflexión de la política, intentaron volver a la lectura de los clásicos de la filosofía para dar sentido a los acontecimientos presentes. Uno de esos movimientos fue la democracia radical,

que asumió la crítica a las democracias occidentales a partir de las reflexiones políticas de una filosofía postmoderna.

La democracia radical sirve como espacio de análisis sobre los mecanismos para la superación de la subordinación. De hecho, la obra de Iris Marion Young y Nancy Fraser dedican espacios para la reflexión sobre feminismo y democracia radical; de esta forma, presentan los impases de la postura feminista y señalan caminos que buscan desesencializar las diferencias y generar un diálogo político con otras identidades que de forma distinta luchan por el reconocimiento del Estado.

Es importante empezar este primer paso argumentativo presentando la democracia radical como un movimiento que, amparado en una reflexión sobre la política, reflexiona sobre las formas en que el reconocimiento político puede ser la forma de construir una identidad más sensible a la injusticia.

Chantal Mouffe, como una de los muchos pensadores de la

3. No es posible aseverar que la lucha por los derechos civiles en los Estados Unidos motivó la reflexión sobre la convivencia. Por ejemplo, autores como Giorgio Agamben, En el libro *Lo que queda de Auschwitz*, y Hannah Arendt fundamentaron su obra en la comprensión de la segunda guerra mundial. Lo que afirmo es que la lucha política que tuvo lugar con Martin Luther King, los grupos feministas y demás, generó una atmósfera en donde los temas del reconocimiento político alcanzaron una notable importancia. En este sentido, uno de los muchos movimientos que analizó estos temas fue la democracia radical.

4. Para ejemplificar este punto podemos aludir a la actitud del afroamericano de los años cincuenta que asume que el trato que recibe, si bien es injusto, es el que ha sido asignado por un orden social al que pertenece. Las prácticas de discriminación no siempre fueron sentidas como una vulneración a la dignidad, de hecho, en el caso del racismo, aquellos que discriminan como quienes son discriminados no son del todo conscientes del efecto de sus actos e incluso, tal como ocurriría en un sistema de castas, cada quien asume que su actitud responde a un criterio de justicia, sea terrenal o divina.

democracia radical, presentó en la década de los ochenta, junto a Ernesto Laclau, el ensayo titulado *Hegemonía y estrategia socialista*,⁵ dicho ensayo se convirtió en un punto de reflexión importante en el pensamiento de la izquierda en los países en donde la vivencia de gobiernos opresivos empezaron a desencadenar luchas por el reconocimiento.⁶ Ese ensayo analizaba las razones de la crisis del marxismo, resaltando la incapacidad del socialismo tradicional para dar respuesta a los retos de la revolución democrática. Esta perspectiva suponía una resignificación de los conceptos del marxismo, rechazando su perspectiva en contra de las identidades colectivas y, de manera particular, la idea de que la raíz de la injusticia se encuentra en la repartición desigual de la riqueza y, por tanto, que la única identidad es la del proletariado.

El ensayo *Hegemonía y estrategia socialista* llegaba a conclusiones muy diferentes a las de otras posturas políticas, en las cuales la falta de reflexión sobre el sujeto político se transforma en una separación entre los ciudadanos y sus contextos valorativos; y, finalmente, en una eliminación de la política

por la vía del individualismo. La propuesta teórica de Mouffe, en ese entonces, consistía en la radicalización del proyecto político de la modernidad y, de esa forma, buscar la reactivación de las luchas por el reconocimiento que, ancladas en una perspectiva revolucionaria, tenían la capacidad de producir una transformación de la sociedad en su conjunto.

El sentido revolucionario de lo que después analizaremos como democracia radical, obedece a la necesidad de producir un choque entre concepciones identitarias con la finalidad de construir pactos duraderos en el tiempo; es decir, que la revolución puede exacerbar el conflicto moral entre posiciones identitarias para lograr un consenso colectivo que sea perdurable en el camino de la representatividad democrática. De esta forma, en *Hegemonía y estrategia socialista*, los autores se referían al proyecto socialista en términos de “democracia plural y radical”, representándolo como una extensión de la democracia a un amplio espectro de relaciones sociales. La intención de sus autores era replantear las metas socialistas en el marco de una democracia pluralista

5. Mouffe, Chantal y Laclau, Ernesto. (2004), *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*, México D.F, Fondo de Cultura Económica.

6. La obra de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau tuvo especial interés en los países de Latinoamérica. Esto se debe a que en ese momento Argentina, Brasil y Chile habían tenido la experiencia directa con una dictadura y en el caso de Colombia la existencia de grupos revolucionarios tuvo, en la democracia radical, un marco de referencia para el entendimiento de los fenómenos de exclusión y subordinación.

radicalizada y, de esa forma, resolver las inconsistencias del socialismo como postura política que, al igual que el liberalismo, produce paradojas que terminan por desmontar el sentido de sus instituciones. Al respecto Laclau comenta:

Para nosotros la articulación entre socialismo y democracia, lejos de ser un axioma, es un proyecto político; es decir, es el resultado de una larga y compleja construcción hegemónica, que está bajo una amenaza constante y que requiere ser continuamente redefinida.⁷

Uno de los aspectos más llamativos de la postura de Mouffe es su intención de retornar el sentido deliberativo de la política desde lo que ella denomina 'el resurgir de la filosofía' y, en su reflexión, realiza críticas importantes a la ciencia política. Nos dice la filósofa que el marco de aparición de la ciencia política se inscribe en la necesidad que tiene el liberalismo de alejarse de los callejones sin salida a donde lo conduce la filosofía, puesto que la filosofía es un discurso moral sujeto a múltiples variables interpretativas; un ejemplo, del alejamiento de la filosofía y la opción por la ciencia política, es la postura rawlsiana de buscar lo razonable a partir de eludir

lo comprensivo; con esto, Rawls propone salirse de las doctrinas comprensivas no negando su existencia sino eludiendo aquellos aspectos que no son políticamente negociables. Del mismo modo, cuando el filósofo norteamericano afirma que la filosofía se debe dejar tal cual como ella es, a lo que hace referencia es a que se genere un distanciamiento entre lo político y lo filosófico, puesto que la filosofía siempre estará del lado de los aspectos que difícilmente se pueden politizar.

Otro aspecto importante de la crítica de Mouffe tiene que ver con el carácter racional de la idea de la política como consenso. En el caso de Rawls existe un papel relevante en lo que respecta al carácter racional y razonable de los ciudadanos en función de cómo se debe constituir la resolución de conflictos en el Estado.

Decir que una convicción política es objetiva equivale a afirmar que hay razones (...) suficientes para convencer a todas las personas razonables de que en realidad esa concepción política es razonable. El que tal orden de razones surta efecto, y que tales aseveraciones sean razonables en general, sólo se puede demostrar con el éxito que tenga a través del tiempo la práctica compartida de razonamientos prácticos

7. *Ibíd.* p. 22.

de quienes sean razonables y racionales, y acepten las cargas del juicio. Dado este éxito, no hay efectos en las razones del derecho y de la justicia que necesiten corregirse conectándolas con un proceso causal.⁸

Según Mouffe, el liberalismo apela a una forma de entender el consenso en donde la razón se instrumentaliza a favor de una unidad política que en vez de promover respeto hacia la diferencia, lo que hace es generar las condiciones para que se gesten diversas formas de opresión entre grupos. La cita de Rawls nos pone de manifiesto el papel que desempeña la razón en el entendimiento de cómo llevar a cabo la convivencia. Si bien Mouffe nos proporciona una crítica sobre las implicaciones de esta concepción, lo que busca la democracia radical es producir un consenso sobre bases más sólidas que las de la razón liberal. No es posible aseverar que Mouffe dedica espacio de su obra a la crítica de la razón, con todo lo problemático que esto es, sin embargo, en *El retorno de lo político*, encontramos que se hace alusión a la necesidad de desinstrumentalizar la política en función de traer el problema de los bienes públicos como algo a considerar en la organización del Estado, es decir, que el enten-

dimiento de la política, enmarcado en el consenso racionalmente motivado, no lesione el hecho de que la política debe centrarse en el asunto de los bienes comunes a todos.

Es evidente que lo que en realidad está en cuestión es el estatus de lo político, y esta discusión revela nuestra actual incapacidad para considerar lo político de una manera moderna, es decir, de una manera no simplemente instrumental –lo que implica tomar en cuenta todo lo que lleva implícito la idea de un <<bien político>>, la ética propia de la política– sino que al mismo tiempo respeta la distinción moderna entre moral y política.⁹

En conclusión, para Mouffe la política no es mero consenso o un incesante conflicto entre doctrinas comprensivas de lo bueno; la filósofa ve el conflicto como una forma de construir el consenso y, en aras de ese proceso, reconoce la importancia que tiene la protección de las libertades individuales para la consolidación de la libertad política (en la que se pueden inscribir los colectivos identitarios). Mouffe, al igual que otros filósofos, construye su postura a partir del debate que produce John Rawls con su obra *Una teoría de la justicia*; de hecho, es posible aseverar que *El retorno de*

8. *Ibíd.* p. 126.

9. Mouffe, Chantal. (1999), *El retorno de lo político*, Barcelona, Editorial Paidós, p. 56.

lo político se sitúa en una posición crítica respecto a *Una teoría de la justicia*, con el que comparte el objetivo de defender el liberalismo político y el pluralismo, pero del que rechaza su visión individualista y su completa ceguera respecto a la lucha política.

En el siguiente paso argumentativo se presenta una reconstrucción del debate entre liberalismo y comunitarismo desde la interpretación de Mouffe. El propósito fundamental es presentar los puntos de encuentro y de ruptura entre estas dos posturas. Podemos decir, que la democracia radical de Chantal Mouffe es una vía diferente que asume puntos importantes del debate y que abre el problema político hacia otras posibilidades.

2. Mouffe: frente al debate comunitarismo liberalismo.

Mouffe señala que, si Rawls tiene razón en querer defender el pluralismo y los derechos individuales, se equivoca en creer que ese proyecto exige el rechazo de cualquier idea posible de bien común. La prioridad del derecho por la que Rawls aboga sólo puede darse en el marco de una comunidad política que acepta los principios de igualdad y de libertad;

de esta forma el filósofo norteamericano alude al individualismo como un procedimiento para el logro del equilibrio político. En contraposición a esto, la democracia no es, para Mouffe, un mero procedimiento, sino un régimen político. Así, un régimen democrático liberal no es ni puede ser indiferente al bien político, pues se define a partir de los discursos morales que fundamentan la concepción misma del Estado. Al respecto dice Mouffe:

Pienso que Rawls tiene razón cuando sostiene que en una democracia moderna los principios de justicia deben derivarse con independencia de toda concepción moral, religiosa o filosófica y servir como marco para determinar qué concepciones particulares del bien son aceptables. Pero su defensa de esta tesis es inadecuada y lo ha dejado en posición vulnerable frente a la crítica comunitarista. Los comunitaristas objetan la posibilidad misma de esta prioridad del derecho sobre el bien porque un individuo sólo puede existir en un tipo específico de sociedad, con determinadas instituciones, y sólo podemos adquirir el sentido del derecho y la concepción de la justicia por medio de nuestra participación en la comunidad que define ya el bien de una determinada manera.¹⁰

10. *Ibid.*, p. 71.

Si bien, Mouffe parte de la acusación de que el liberalismo cierra la posibilidad del conflicto político porque, al evitar la confrontación entre concepciones de bien, acaba con el debate público, la filósofa tampoco se identifica con críticos comunitaristas, como Charles Taylor, Michael Walzer o Alsair McIntyre que, amparados en las reflexiones del republicanismo cívico, intentan reformular el liberalismo. Comparte con ellos el criterio de que los individuos con sus derechos sólo pueden existir dentro de una concreta comunidad política o la idea de que la identidad del ser humano se construye en el seno de una comunidad de lenguajes, significados y sentidos. Sin embargo, considera que la insistencia en una concepción sustantiva del bien común, de una comunidad participativa y unida, propicia el rechazo del pluralismo y de la prioridad de la justicia y supone un alejamiento de los principios liberales.

Pero ante la falta de elaboración de un modo republicano adecuado a los requerimientos de las democracias modernas, la actual atracción del republicanismo cívico sólo puede dar lugar a una confusión quizás con consecuencias peligrosas para todos los que defienden la ex-

tensión de los derechos y las prácticas democráticas.¹¹

De esta forma, como una vía alternativa al liberalismo de Rawls, que elimina la idea de bien común, y el comunitarismo, que exagera la idea de bien común y con ello genera las condiciones para poner en riesgo las libertades individuales, una interpretación democrática radical ve el bien común como un punto que se desvanece, algo siempre presente en el actuar de los ciudadanos, pero nunca un horizonte definitivo. Así, para Mouffe el bien común funciona, por un lado, como un 'imaginario social' (un horizonte de representaciones posibles) y, por otro, como una 'gramática de la conducta'.¹² La filosofía política y democrática intenta construir un discurso incluyente a partir de la disolución del antagonismo entre libertad individual y libertad política; en ese sentido recurre a la reconstrucción de Maquiavelo para justificar que el motor de la política es el conflicto; en otras palabras, que la construcción de un horizonte común pasa por la deliberación de las concepciones de lo bueno que componen la experiencia de poseer una identidad; de aquí que la apuesta por el reconocimiento político sea una posibilidad viable que no se

11. *Ibíd.*, p. 60.

12. *Ibíd.*, p. 122.

reduzca a los problemas del instrumentalismo liberal, sino que avance hacia la promoción de un 'nosotros' vinculado a la identificación con un proyecto de nación.

En este sentido, el entendimiento de las luchas sociales y el reconocimiento político se asumen como mecanismos de revitalización de la democracia. Para Mouffe el Estado debe velar por la existencia de espacios de deliberación en donde el conflicto social pueda tramitarse y, de manera consecuente, consolidar los valores rectores de una identidad ciudadana que no sea excluyente con la identidad del individuo. Las luchas sociales por el reconocimiento permiten una renovación consecuente con la historia de los pactos para la convivencia en la diferencia. Lo que hace el liberalismo, al reprimir la lucha social a través de la instrumentalización de la política, es contribuir a que la diferencia sea un rasgo que imposibilite la convivencia; hablamos entonces de los esencialismos que, aludiendo a una versión particular de justicia, se asumen como una fuerza independiente al Estado y, de esa forma, obstaculizan la posibilidad de construir los criterios sustantivos de lo justo no sólo para ellos sino para los diversos grupos que hacen parte del pacto político.

3. La comprensión de la lucha social y el reconocimiento político.

La postura de Mouffe permite comprender diversas formas de lucha que no están basadas en argumentos meramente económicos; de hecho hay un esfuerzo importante en distinguir lo político de lo económico. Me refiero al asunto de los factores psicosociales que afectan la identidad y que promueven la subordinación. Un ejemplo de ello es el feminismo, con relación al cual la autora pone especial énfasis en el papel que tiene la movilización y la deliberación en la configuración las causas que posibilitan la indignación moral. Para Mouffe, el movimiento feminista, en un primer momento, debe generar espacios de discusión sobre la injusticia de la que creen ser víctimas y, de esa forma, construir una identificación con un discurso demandante que pueda ser objeto del debate público. Sin embargo, al tiempo que los grupos se esencializan, se debe disponer al colectivo para que esté dispuesto a construir y pactar en la esfera pública. La revolución democrática que promueve Mouffe no es un cierre en el entendimiento de la política como conflicto; es decir, no se trata de esencializar a los grupos en torno a lo que cada uno de ellos cree que es la

injusticia; se trata de recomponer el orden social a partir de la posibilidad de pactar con otras identidades sobre lo que es bueno para todos.

Dice la autora:

Mi intención en este artículo será mostrar las ideas decisivas que una interpretación antiesencialista puede aportar a la elaboración de una política feminista inspirada también en un proyecto de democracia radical. (...) Lo que quiero argumentar es que presenta algunas deficiencias ineludibles que interfieren con la construcción de una alternativa democrática, cuyo objetivo sea la articulación de distintas luchas ligadas a diferentes formas de opresión. Considero que el esencialismo conduce a una visión de la identidad que no concuerda con una concepción democrática plural y radical y que no nos permite construir la nueva visión de ciudadanía que hace falta para aplicar la política.¹³

En el caso del feminismo,¹⁴ es tan importante la promoción del conflicto como la disposición para

el consenso. Para Mouffe, los grupos deberán estar dispuestos a participar del orden democrático desde la construcción de un consenso común basado en la discusión de los contextos identitarios; si bien el esencialismo es un paso para llegar al consenso, los grupos no se pueden quedar en el esencialismo porque pierden la posibilidad de hacer parte del escenario público. La esencialización de la diferencia es un paso importante para la toma de conciencia de las desigualdades y, si bien esto produce discursos victimizantes, es el proceso de politización lo que hace que se construya una dimensión deliberativa sobre los asuntos de la convivencia.

Este punto es importante, sobre todo para la lucha de los grupos en Colombia, porque la manera en que las identidades colectivas proponen la lucha por el reconocimiento siempre está amarrada a modelos esencialistas de una historia común idealizada o a un sentimiento compartido de victimización histórica; de esta forma los grupos demandan reconocimiento como si eso se tratara de una validación a su condición de víctimas de la historia. Si algo podemos aprender con Chantal Mouffe es que los esencialismos son nocivos

13. *Ibíd.*, pp. 108-109.

14. En especial entro a señalar el caso del feminismo porque en muchos artículos la autora se detiene para pensar en este colectivo identitario; de hecho, muchos de sus textos son contribuciones importantes a lo que refiere a las posturas políticas de los movimientos feministas.

para la política. En la reflexión sobre la injusticia, los activistas políticos asumen que la democracia radical es antiliberal y pasan por alto el hecho de que es una propuesta que pretende corregir los efectos nefastos de la neutralidad liberal y el universalismo. En ese sentido, Mouffe, busca lo mismo que Taylor y Rawls: una vía diferente a la violencia y una propuesta contraria a diversas posturas políticas que terminan por absorber la diferencia.

Los grupos que luchan por el reconocimiento logran ser efectivos en el momento en que entienden el dinamismo de la política. La reflexión filosófica que propone Mouffe tiene que ver con la comprensión de los elementos fundamentales que caracterizan los modos de concebir el pacto político; en lugar del consenso, Mouffe reflexiona sobre el conflicto como una forma de construir una democracia participativa. De esta forma busca promover una forma de ciudadanía que sea consecuente con los modos de lucha social y de conflicto en la convivencia.

4. Del antagonismo al agonismo.

Hasta este momento me he referido a los aspectos básicos de lo que Mouffe denomina la democracia radical. En este sentido he presentado la democracia como partici-

pación, más que como masificación o procedimiento instrumental. La filósofa considera que, a través de la confrontación de las diversas doctrinas de lo bueno, que configuran la identidad individual y colectiva, se puede lograr un consenso político que perdure, saliéndose de los esencialismos y promoviendo un proyecto de nación. De esta forma he presentado la democracia radical como una reflexión que surge desde las incapacidades del comunismo y que se inscribe en el marco de la filosofía política a partir de las implicaciones que tuvo *Una teoría de la justicia* de John Rawls. A partir de esto, Mouffe presenta un distanciamiento no sólo del liberalismo, al cual acusa de matar la política, sino también del comunitarismo, por considerar que la promoción del republicanismo cívico termina por cerrar el espectro del pluralismo que ha logrado el liberalismo.

Para la autora, el papel que juega la filosofía en la consolidación de la democracia radical es importante porque concibe que la filosofía es en sí misma una reflexión sobre cuestiones morales. En ese sentido, la muerte de la política significó la desaparición de la filosofía como marco retórico, importante para la justificación de cuestiones políticas; como ya lo he dicho, el debate que genera Rawls hace que la filosofía vuelva a tener un lugar importante,

lugar al que alude Mouffe para la validación de su postura democrática.

Ahora bien, en este paso argumentativo presentaré dos ideas puntuales. La primera tiene que ver con la tesis de que el motor de la política es el conflicto; en este sentido, Mouffe propone que dicha reflexión permite salir de los modelos racionalistas y de la idea de un consenso que desconoce las implicaciones contextuales de las luchas sociales. La segunda, tiene que ver con el antagonismo 'amigo-enemigo', propuesto por Carl Schmitt, como dinámica del ejercicio político y el paso del antagonismo al agnismo que podemos asumir como la ruptura con Schmitt. En este caso, se construye una comprensión del poder al tiempo en que se perfecciona una retórica para el procedimiento democrático. En últimas, se trata de afianzar un mecanismo de participación que permita la manifestación controlada de las formas de asumir el conflicto entre diversas identidades.

De esta forma, se generan los espacios para consolidar una participación democrática capaz de trans-

formar las condiciones que hacen posible la desigualdad. Se vela por una concepción de la política que sea capaz de modificar la dimensión simbólica de los conflictos, al tiempo que modifica los sistemas jurídicos que conciben las Constituciones políticas como proyectos históricos inacabados; es decir, como proyectos participativos que se modifican a través de las luchas que los grupos realizan por su reconocimiento político.¹⁵

El conflicto como motor de la política es la salida que Mouffe, desde la perspectiva de Maquiavelo, propone para el asunto de la superación tanto del individualismo liberal como del republicanismo cívico. Es decir, en el debate entre liberales y comunitaristas, la democracia radical intenta equilibrar el problema de la libertad individual y la libertad política; en ambas posturas filosóficas el consenso político termina por eliminar la identidad, como en el caso del liberalismo, o por esencializar los colectivos identitarios de forma que la libertad individual se pierde, como sucede en el republicanismo que podríamos encontrar en Rousseau. A través de la idea de

15. En este sentido, Mouffe concibe las luchas sociales como elementos constitutivos del desarrollo político de los Estados. Lo que es punto de discusión es si para el liberalismo la cuestión no es la misma; es decir, para el caso de Habermas y Rawls es posible hacer dicha interpretación porque no están amarrados a concepciones esencialistas, tal como lo analizamos en el caso de Locke y Hobbes y las posiciones éticamente individualistas. Es posible encontrar inconsistencias a la crítica de Mouffe en este punto, vale la pena recordar las palabras de John Stuart Mill: *"El liberalismo empezó como una minoría en busca de estatus político"*. Véase: Stuart Mill, John. (1971), *Sobre la libertad*. El utilitarismo, Ediciones Orbis, S.A., p 13.

la política como conflicto y el entendimiento de la dimensión amigo-enemigo, Mouffe intenta promover un ejercicio discursivo que permite la superación de los modos en que, tanto el liberalismo como el republicanismo, generan inconsistencias en la integración política.

Desde su perspectiva antiesencialista, Mouffe incide en la inevitabilidad del poder y del antagonismo, como rasgos de lo político, situándose plenamente en la tradición de Maquiavelo sobre el papel esencial del conflicto en la preservación de la libertad.¹⁶ Frente al enfoque individualista, destaca el protagonismo de las pasiones en la política y la necesidad de movilizarlas hacia objetivos democráticos, postulando que no se puede reducir la política a la racionalidad, precisamente porque la política indica los límites de la racionalidad, con su perpetua construcción de antagonismos. Al respecto, podemos encontrar una alusión en la reflexión que Mouffe realiza con relación a Wittgenstein, puesto que la política demanda una comprensión más comprensiva de las pasiones y los sentimientos de indignación. La filosofía nos propone una vía discursiva para la consolidación de una nueva

forma de identidad. Al respecto cito lo siguiente:

Es necesario darse cuenta que los valores democráticos no pueden ser promovidos ofreciendo argumentos racionales sofisticados ni demandando verdades trascendentes del contexto acerca de la superioridad de la democracia liberal. La creación de formas de individualidad democráticas es un asunto de identificación con valores democráticos, y este es un proceso complejo que tiene lugar a través de una multiplicidad de prácticas, discursos y juegos de lenguaje.¹⁷

Así, la ausencia de auténticas alternativas políticas democráticas, que permitan cristalizar las identificaciones colectivas y las pasiones políticas, sería una fuente de peligros para el proceso democrático. El empobrecimiento de la lucha política y la carencia de alternativas, la uniformización del modelo, puede abrir el espacio público a la formulación de proyectos ultranacionalistas, étnicos o religiosos, por parte de los enemigos de los valores democráticos y liberales. La democracia radical

16. Podemos afirmar que el alejamiento de Mouffe de posturas como la de Aristóteles o la de Rousseau concuerdan con una forma de concebir la política en términos de un conflicto más cercano a Maquiavelo. No sólo Mouffe propone este giro, también lo hace Rawls (Me refiero al Rawls de liberalismo político) porque el humanismo cívico es más consecuente con un pluralismo moderno.

17. Mouffe, Chantal. (2003), *La paradoja democrática*, Madrid, Editorial Gedisa, p. 65.

plantea una identificación con valores que demandan un desajuste en lo que concierne a la acomodación de las identidades subordinadas; es decir, que, entendiendo el conflicto en su relación con la libertad, el orden social se constituye a partir de la vivencia real de un pluralismo coherente con una identidad nacional; la democracia radical demanda la consolidación de un 'nosotros' sensible frente a las desigualdades y la injusticia; Mouffe propone una reacomodación de las identidades a partir de un criterio de lo justo que bien puede inscribirse en una perspectiva liberal siempre y cuando democracia y liberalismo sean consecuentes con el pluralismo propio de las sociedades contemporáneas.

Si bien Mouffe concuerda con Schmitt en el carácter antagónico de la política, es preciso señalar que la autora, en aras de la consolidación de una identidad ciudadana, concibe que de la lucha entre formas antagónicas de concebir la política se debe pasar a un agonismo que permita la superación de aquellos aspectos de la identidad que dificultan el diálogo político. Con esto me refiero al carácter renovador que tienen las luchas por el reconocimiento. Aquellos que participan en dichas luchas no sólo transforman las condiciones sociales de injusti-

cia, también transforman sus identidades en aras de una versión de colectividad más abierta a las transiciones hegemónicas. La democracia radical exige que las partes que deliberan estén dispuestas a hacer parte de la nación independiente de sus afiliaciones identitarias. El agonismo democrático de Mouffe busca hacer perdurable la construcción de una identidad ciudadana que se desprende de los preceptos individualistas que separan la identidad de la ciudadanía, como lo es en el caso del liberalismo. El agonismo democrático permite la promoción de valores cívicos conducentes a la estabilidad del Estado democrático. En este sentido la apertura del universo político se reactiva con el compromiso que la democracia adquiere con la preservación del pluralismo sin sacrificar la estabilidad política.

5. La apertura del universo político: La revolución democrática.

En este sentido, para entender la modernidad política es preciso distinguir, como hizo Stuart Mill, la tradición liberal y la tradición democrática.¹⁸ Compatibilizar liberalismo y democracia exige defender el pluralismo. Este es, más que la tolerancia, la aceptación de una

18. Stuart Mill, John. (1971), *Op.Cit.*, pp. 95 - 105.

mutación simbólica producida por la revolución democrática que ha supuesto el final de un tipo jerárquico de sociedad organizada en torno a una sola concepción sustancial del bien común.

Sin embargo, en una sociedad cuyos principios sean la libertad y la igualdad, siempre habrá interpretaciones en pugna sobre los mismos, formas alternativas de institucionalización y de definición de las relaciones sociales a las que han de aplicarse. En la democracia radical de Mouffe, una concepción prevalente del bien común en una sociedad sólo puede entenderse como el producto de una hegemonía social. La hegemonía refleja unas determinadas relaciones de fuerza. Sin embargo, la democracia ha instituido el poder como un espacio vacío, donde nunca puede afirmarse una concepción definitiva y sustantiva del bien común, pues los principios de libertad y de igualdad siempre pueden ser reformulados. No se trata de prometer que no existirán hegemonías; los valores democráticos son en sí mismos formas hegemónicas impuestas por los que ostentan el poder; en este sentido, la renovación a través del conflicto hace posible la renovación de discursos en aras de una visión de lo justo que sea sensible frente a las desigualdades. Con esto quiero decir que el conflicto lleva a la instauración de

un Estado en donde la democracia deja de ser un asunto instrumental y pasa a ser sustancial, entendiéndose por esto el carácter psicosocial que logra instaurar la identificación con un Estado que representa los intereses comunes.

El proyecto de democracia radical significa la lucha por establecer una nueva hegemonía; dicha hegemonía es el resultado de un cambio en la forma de concebir las personas a partir de sus luchas y las transformaciones morales que suceden en el proceso. La democracia radical busca entender la lucha social y la política como formas de concebir el orden social. En este sentido, una filosofía política democrática radical tiene el objetivo de profundizar la revolución democrática, constituir un aparato crítico sobre los discursos que afectan la vida en común, radicalizando los valores de libertad y de igualdad y dando un sentido común a las distintas luchas sociales contra la dominación.

Resumamos, me he referido a la interpretación que Chantal Mouffe ha propuesto sobre la democracia radical y para eso he presentado el debate liberalismo-comunitarismo y la idea del conflicto como motor de la política, a su vez que me he referido al paso del antagonismo al agonismo como aspectos a considerar en la democracia radical. Cen-

tremos ahora en el análisis del papel que juega la filosofía en la consolidación de la democracia y la lucha social por el reconocimiento. Cabe resaltar que la percepción que tiene Mouffe de la filosofía en el liberalismo es la de una filosofía de lo pragmático que no logra generar las reflexiones pertinentes al servicio de la revolución; es decir, una filosofía que justifica hegemonías y que termina relacionándose con una forma particular de moralidad que concibe lo justo y lo bueno como asuntos diferentes. Al respecto esta cita de Mouffe:

Lo que ha sido celebrado como el renacimiento de la filosofía política en las últimas décadas es, de hecho, una mera extensión de la filosofía moral; es un razonamiento moral aplicado al tratamiento de las instituciones políticas. En la actual teoría liberal, esto es manifestado en la ausencia adecuada entre el discurso moral y el discurso político. Para recuperar el aspecto normativo de la política, introducen cuestiones morales acerca de la imparcialidad y la unanimidad en el proceso de argumentación política. El resultado es una moral pública para las sociedades liberales, una moral que es considerada <<política>> y evita

comprometerse con concepciones controvertidas del bien, y finalmente porque provee el cemento para la cohesión social.¹⁹

En conclusión podríamos decir que la apertura del universo político propuesta por Mouffe, exige de ciudadanos que dejan de estar individualizados y que se identifican con valores asociados a una concepción particular de nación; la autora alude a la complejidad de su concepción de ciudadanía, puesto que ella demanda que el paso por la democracia no sea meramente instrumental sino sustancial. Interpreto el calificativo sustancial como una forma de referirse al cambio cognitivo en el paso del 'yo'²⁰ al 'nosotros'; es decir, del paso de una postura de aislamiento social a otra más comprometida con la experiencia grupal; esta forma de identificación (la que refiere a la construcción del 'nosotros') se postula como la identidad ciudadana de la democracia radical; en este último momento del texto, me limito a su conceptualización.

6. La ciudadanía en un contexto de democracia radical.

Pienso que la pregunta que nos propone Mouffe es: ¿cómo de-

19. Mouffe, Chantal. (1999), *Op.Cit.*, p. 200.

20. Con este "yo" no me estoy refiriendo a la formación del yo que ampliamente se ha discutido en el psicoanálisis y la psicología; se propone como un calificativo que hace alusión al individualismo; esta frase también podría ser entendida como el paso del individualismo a una concepción de grupo más aglomerante.

beríamos entender la ciudadanía cuando nuestra meta es una democracia radical y plural? En su respuesta, la ciudadanía no es una identidad entre otras ni la identidad dominante que se impone a otras: es un principio de articulación que afecta a las diferentes posiciones subjetivas del agente social. Una interpretación democrática radical enfatiza las múltiples situaciones sociales en las que existen relaciones de dominación contra las que hay que luchar, si se quieren aplicar los principios de igualdad y de libertad. La construcción de una identidad democrática-radical es la construcción de un 'nosotros' preciso para actuar en política y transformar la realidad, permitiendo la identificación de quienes combaten las diferentes formas de dominación.

¿Qué pasa en esta perspectiva, con la idea de ciudadanía? Si entendemos la ciudadanía como identidad política que se crea a través de la identificación con la república, se hace posible un nuevo concepto de ciudadano. En primer lugar estamos tratando con un tipo de identidad política, una forma de identificación, ya no simplemente con un estatus legal. El ciudadano no es, como en el liberalismo, receptor pasivo de derechos específicos y que goza de la protección de la

Ley. No se trata de que esos elementos no sean pertinentes, sino de que la definición del ciudadano cambia porque ahora el énfasis recae en la identificación de la república.²¹

La evolución de la izquierda democrática occidental hacia la aceptación del liberalismo económico, en lugar de profundizar en el liberalismo político, sitúa las ideas de Mouffe, hoy en día, en la encrucijada más importante para una reconstrucción profunda del proyecto de autonomía. La confusión entre liberalismo político y liberalismo económico sigue siendo el punto nodal de la parálisis de la izquierda. El hecho de que la llamada "tercera vía" rehuya frontalmente el espectro de la democracia radical, hace especialmente útil una reflexión desde los parámetros políticos que nos propone. En definitiva se podría decir que la identificación que nos propone Mouffe demanda un resurgir de una forma de ciudadanía que logra superar los dilemas que nos presenta Benjamin Constant en la distinción de la libertad de los modernos en comparación con la libertad de los antiguos. La democracia radical es moderna en tanto que reconoce la necesidad de establecer derechos individuales en la protección de las libertades del individuo; no obstante, hace alusión al pen-

21. *Ibíd.*, p. 101.

samiento antiguo en tanto que propone un modelo de ciudadanía que se nutre de la vinculación a los contextos valorativos en los que se constituye la identidad; en este sentido, se compromete con una comprensión sustantiva de la política al proponer el conflicto como ejercicio de participación y como argumento para fundamentar la obediencia política. En última instancia, lo que se busca es un reconocimiento común de un conjunto de valores ético-políticos que sean comunes a los ciudadanos. En este caso, la ciudadanía no es una identidad entre otras, como en el liberalismo, ni una imposición, como en el republicanismo cívico. Es, como lo señala Mouffe, un principio de articulación que afecta a las diferentes posiciones subjetivas del agente social, aunque reconociendo una pluralidad de lealtades específicas y el respeto a la libertad individual.

En este sentido, la democracia radical se compromete con una nueva forma de ciudadanía, por considerar que la ciudadanía liberal ha permitido dinámicas de exclusión en donde la distinción entre lo privado y lo público ha servido para la subordinación de identidades. Este es, según la filósofa, el caso de las feministas, quienes durante mucho tiempo no pudieron generar una

lucha eficaz por su reconocimiento político. Al respecto dice Mouffe:

A esta altura, la concepción democrática radical de la ciudadanía conecta con los debates actuales acerca de la <<posmodernidad>> y la crítica del racionalismo y el universalismo. La nueva idea que propongo rechaza la idea de una definición universalista y abstracta de particularidad y diferencia. Considera que, aunque sin duda la idea moderna de ciudadano fue radical para la evolución democrática, hoy en día es un obstáculo para su extensión. Como han argumentado las pensadoras teóricas feministas, el dominio público de la ciudadanía moderna se basó en la negación de la participación de mujeres. Esta exclusión se consideraba indispensable para postular la generalidad y la universalidad de la esfera pública. La distinción público/privado, fundamental en la afirmación de la libertad individual, también condujo a la identificación de lo privado con lo doméstico y desempeñó un papel importante en la subordinación de las mujeres.²²

Para Chantal Mouffe, la democracia radical no se compromete con una búsqueda de la democracia real; es decir, las tensiones entre lo privado y lo público, entre la libertad y la república siempre van a existir.

22. *Ibid.*, p. 103.

Forzar la coherencia terminaría por destruir el orden social. En lo que si se compromete la democracia radical es en la renovación de los discursos hegemónicos que hacen posible las desigualdades; de esta forma, la concepción política de la democracia radical busca desarticular las identidades y reacomodarlas a partir de un criterio de justicia que se transforma con el tiempo. Se considera, de esta forma, una transformación de la dimensión simbólica que permanece latente a todo conflicto social, la marca de inferioridad que promueve la indignación como justificación de la revolución.

En síntesis, podemos afirmar que la democracia radical reflexiona críticamente sobre los efectos que tiene el individualismo en la desintegración de los vínculos sociales que hacen posible la armonía entre la desigualdad y un modelo de justicia. La democracia radical considera que el liberalismo reaccionó contra toda forma de comunidad en tanto que ésta estuviese precedida por una filosofía del bien; de ahí que la filosofía política desapareciera en la modernidad y que en su lugar apareciera la ciencia política como un modelo explicativo de la instrumentalidad política liberal; lo político, entendido desde el consenso sin conflicto, se convirtió en la expresión incompleta del espacio público que en otro momento fue tan

determinante para la democracia; en sí la participación se restringió a los rituales propios de la elección y el derecho al voto.

En tanto modelo explicativo de la instrumentalidad, la ciencia política le dio mayor maniobrabilidad al liberalismo y lo sacó de los callejones sin salida en donde lo deja la filosofía política: esto debido a que la filosofía política, tal como le he venido enunciando, no deja de ser una propuesta argumentativa que fundamenta la acción política en su relación con la vida en común y la búsqueda del bien. Para los Liberales, la superación de las libertades de los antiguos supuso una emancipación de la filosofía y de la moral como elementos críticos de la acción. La idea de que existan individuos aislados de la historia, la cultura y la sociedad, presupuso una toma de distancia con todas aquellas doctrinas que, como la filosofía, suponen un conflicto que desestabiliza el orden social. De esta forma el liberalismo se alió con la democracia para fundamentar su forma de pensar lo político; es decir, a través de la democracia reglamentó el poder y generó instrumentos para legitimarlo de forma tal que el problema de la obediencia se resolviera sin tener que exigir la adhesión total en una forma particular de bien. Realmente, la democracia liberal es una contradicción en sí misma porque

lo que se echa de menos en el liberalismo es la política como promotor de discursos morales; la política como constructora de un “nosotros” en el cual el conflicto permita una deliberación que genere el ejercicio democrático.

Si bien la propuesta liberal prosperó en las luchas entre las burguesías y el poder monárquico, el asunto no funciona de la misma forma para nuestros tiempos. Los problemas contemporáneos que se derivan del reconocimiento político, tal como señala Charles Taylor, son el resultado de un liberalismo que incumple con las promesas que en algún momento lo fundaron. Realmente el liberalismo no es ciego a las diferencias, no es una amalgama de culturas y demanda unos ciudadanos que están limitados y difícilmente pueden tomar partido en la discusión sobre la vida en común.

En este sentido, el retorno a lo político significa otorgar a la lucha social un papel importante en lo concerniente a la renovación de los fundamentos del Estado. De esta forma, es posible hablar de democracia liberal de forma que la libertad y

la igualdad se radicalicen en función del desmonte de las desigualdades. La vía de Mouffe propone volver al asunto de la deliberación entre doctrinas comprensivas de lo bueno, en tanto que exista la posibilidad de generar ese debate, podrán existir los dispositivos críticos para transformar las desigualdades que afectan la vida en común. Cuando el individualismo privatiza la moralidad de los individuos, los hace insensibles frente a las diversas caras de la desigualdad social.

Aquel espacio vacío que caracterizó el liberalismo de principios de la modernidad, y que toma su mayor vigor en las posiciones éticamente individualistas, no es suficiente para afrontar los desafíos actuales de la vida en común: tal como lo señala Charles Taylor en *La política del reconocimiento*, el liberalismo debe avanzar en la consolidación de una vida política que logre formular la existencia de una comunidad basada en fundamentos democráticos:²³ si bien Taylor no señala un desmonte del Liberalismo, si demanda una corrección al interior del mismo.²⁴ Básicamente lo que

23. Taylor, Charles. (1995), *Argumentos filosóficos*, Buenos Aires, Editorial Paidós, p. 307.

24. Esta interpretación la hago a partir de la respuesta que Jürgen Habermas realiza a propósito de la política del reconocimiento de Charles Taylor. En esa respuesta, dice Habermas que la presentación de Taylor puede ser satisfactoria con una forma de liberalismo procedimental que ya ha superado los problemas de las posiciones éticamente individualistas, como la de John Locke. De la misma manera Michael Walzer, al proponer la distinción entre liberalismo tipo 1 y 2 argumenta, de forma diferente, lo mismo que viene comentando Habermas. Para fundamentar el comentario, véase: Habermas, Jürgen. (1999), *La inclusión del otro*, España, Editorial Paidós, pp. 191 – 195.

se demanda, es volver a la reflexión sobre la moralidad como una forma de llenar ese espacio que el liberalismo tiene intacto y que consiste en la falta de postura política para la vinculación de los ciudadanos en las lógicas del conflicto moral como mecanismo de transformación de la sociedad.

Tengamos en cuenta que la distinción entre sociedad y comunidad es importante. Para el liberalismo, la tolerancia y el respeto suponen valores políticos para una sociedad que puede perdurar sin necesidad de integrarse; el pluralismo liberal supone una amalgama de grupos que no tienen, necesariamente, que compartir un proyecto unificador de nación. Por otra parte, para la democracia radical el asunto de la comunidad pasa por la constitución de un espacio en donde la promoción de virtudes identifica los ciudadanos con un proyecto de nación común. El reclamo de Mouffe consiste en valorar la constitución de la comunidad por encima de la sociedad; el liberalismo, al estar ausente de la discusión sobre moralidad termina optando por una concepción instrumental de sociedad política, termina por llamar política diversas formas de dominación que son auspiciadas por rituales democráticos carentes de significado participativo; la apuesta de Mouffe es por una concepción de comunidad democrática en donde

la moralidad pueda estar inserta como el motor del debate político, las implicaciones de esta propuesta apuntan a la superación de la subordinación en tanto que los individuos, y las comunidades a las cuales pertenecen, puedan hacer parte de los dispositivos democráticos para la transformación de las leyes en el Estado. De esta forma, la Constitución se asume como proyecto histórico que se reconstituye a partir de las lecturas que hacen los ciudadanos sobre la injusticia. Recordemos a este propósito, a Habermas:

Una constitución puede entenderse como un proyecto histórico que los ciudadanos prosiguen de nuevo en cada generación. En el Estado democrático de derecho, el ejercicio del poder político está doblemente codificado: el tratamiento institucionalizado de los problemas planteados y la mediación y la regulación regulada procedimentalmente de los correspondientes intereses deben poder entenderse al tiempo como la realización de un sistema de derechos. En la escena política, sin embargo, se encuentran enfrentados los actores políticos que discuten sobre fines colectivos y sobre

*la distribución de los bienes colectivos.*²⁵

Una vez hemos reconocido este hecho, es posible pensar acerca de política democrática y filosofía política de otra manera. Según Mouffe, en una democracia moderna es necesario crear una unidad política a través de la identificación con una interpretación particular de sus principios políticos, una interpretación específica de ciudadanía. En este sentido, la filosofía política tiene mucho que decirnos en tanto que no es meramente una reflexión crítica sobre el significado verdadero de la justicia, la igualdad o la libertad, sino que es un espacio de interpretación y resignificación de dichos conceptos. De esa manera proporcionará lenguajes para la construcción de identidades políticas, diferentes modos de concebir nuestro rol de ciudadano y visualizar el tipo de comunidad política que se desea.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. (2002), *Lo que queda de Auschwitz*, España, Ed. Pre-textos.
- Bategón, J y Páramo, J. (1990), *Derecho y Moral: Ensayos analíticos*, Barcelona, Ed. Ariel.
- Constant, Benjamin. (1988), *Del espíritu de conquista*, Madrid, Tecnos.
- Etzioni, Amitai. (1999), *La nueva regla de oro*, Madrid, Editorial Paidós.
- Grueso Vanegas, Delfin Ignacio. (2005), *Introducción a la filosofía política*, Cali, Universidad del Valle.
- Habermas, Jürgen. (1998), *Factibilidad y validez*, Madrid, Editorial Trotta.
- _____. (2000), *Aclaraciones a la ética del discurso*, Barcelona, Editorial Trotta.
- _____. (1999), *La inclusión del otro*, España, Editorial Paidós.
- Habermas, Jürgen y Rawls, John. (1998), *Debate sobre liberalismo político*, Barcelona, Editorial Paidós.
- Hobbes, Thomas. (1994), *El Leviatán*, México D.F, Fondo de Cultura Económica.
- Honneth, Axel. (1997), *La lucha por el reconocimiento*, Barcelona, Ed Novagràfik.

25. Habermas, Jürgen. *La inclusión del otro*. Editorial Paidós. España, 1999, p 189.

- Jardín, André. (2005), *Historia del liberalismo político*, México D.F, Fondo de Cultura Económica.
- Locke, John. (1993), *Ensayo sobre el gobierno civil*, Ed Aguilar.
- Mouffe, Chantal. (1999), *El retorno de lo político*, Barcelona, Editorial Paidós.
- _____. (2003), *La paradoja democrática*, Madrid, Editorial Gedisa.
- Mouffe, Chantal y Laclau, Ernesto. (2004), *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*, México D.F, Fondo de Cultura Económica.
- Rawls, John. (1993), *Liberalismo Político*, México D.F, Fondo de cultura económica.
- _____. (2003), *A theory of justice*, Estados Unidos, Belknap Press of Harvard University Press.
- Rousseau, Jean Jacques. (1962), *El contrato social*, Madrid, Editorial Espasa Calpe.
- Stuart Mill, John. (1971), *Sobre la libertad. El utilitarismo*, Ediciones Orbis, S.A.
- Taylor, Charles. (1994), *La ética de la autenticidad*, Barcelona, Editorial Paidós.
- _____. (1996), *Las fuentes del yo*, Barcelona, Editorial Paidós.
- _____. (1995), *Argumentos filosóficos*, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- _____. (1988), *Carta sobre la tolerancia*, Madrid, Ed tecnos.
- Walzer, Michael. (1997), *Las esferas de la justicia*, México D.F, Fondo de cultura económica.
- Young, Iris Marion. (2000), *La justicia y la política de la diferencia*, Madrid, Ediciones Cátedra, S.A.